

Cluster



Ilustración: Esteban A. Catalán

NÚMERO 2 • RETROSPECIONES • FEBRERO 2021





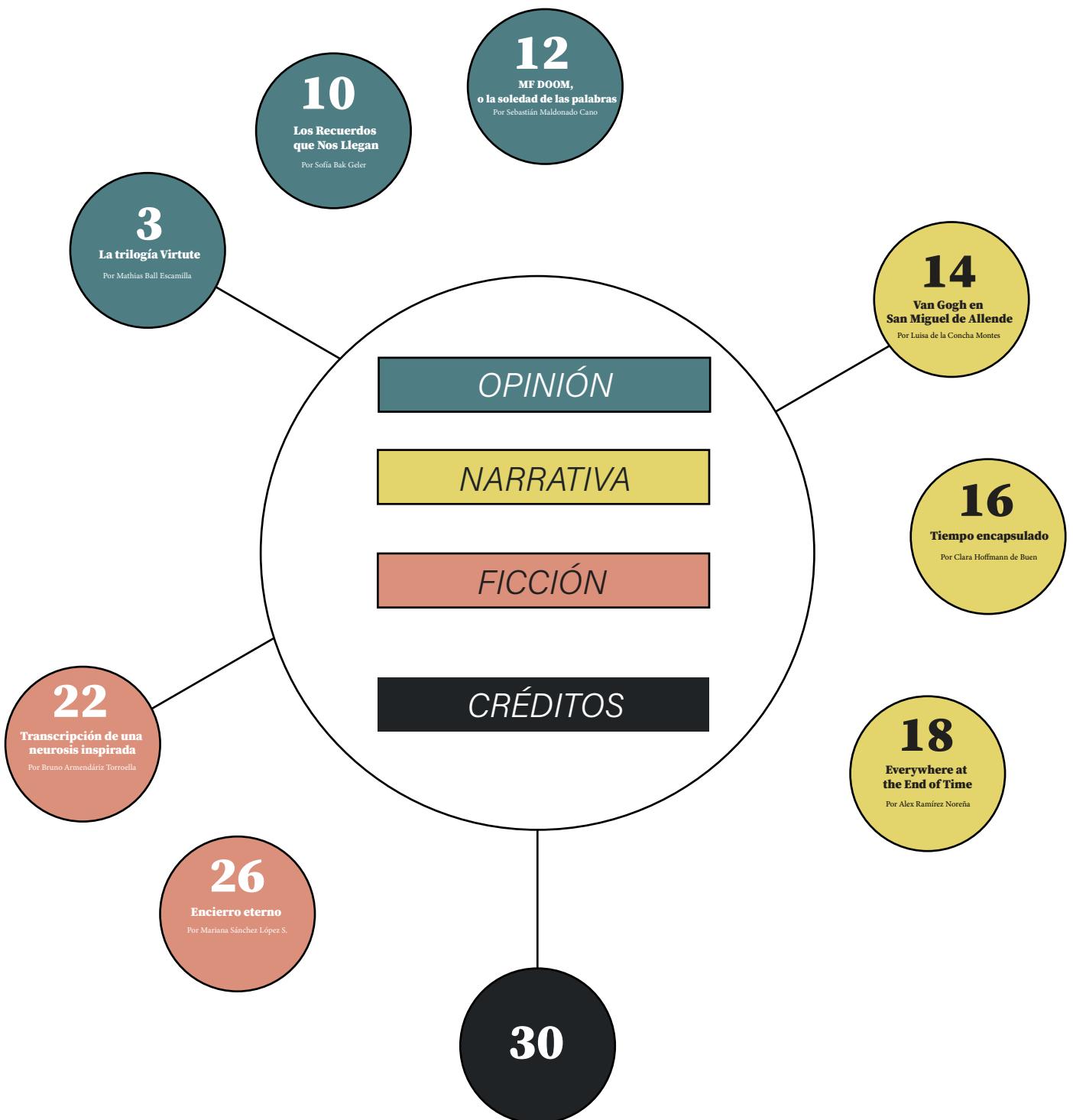
R E T R O S P E C C I O N E S

En una realidad encerrada y desconcertada en la que la soledad y el repliegue afloran, las nostalgias, las sensaciones de pérdida y, por lo tanto, las ausencias, encuentran una recurrencia quizá inaudita en nuestras vidas. Con el contacto conocido en plena extinción, o mejor dicho, en plena transformación, las relaciones humanas y sus expresiones —entre ellas nuestra adorada música en sus manifestaciones colectivas—, parecen convertirse en una ceniza fecunda de la que emergen nuevas valoraciones que conducen al replanteamiento de nuestras necesidades expresivas.

En contraste con nuestro número anterior, que nos llevó a mirar dentro de nosotros, en “Retrospecciones” dirigimos la mirada hacia lo que ya no está, sin otra motivación más que la conmoción que detonó la coyuntura actual. A nivel personal no somos ajenos al sentimiento de ausencia: nos acompaña —al igual que la música— en el transcurso de nuestras vidas. En ese sentido, la retrospección modifica el presente, en tanto que permite generar un balance lleno de matices y nuevos significados.

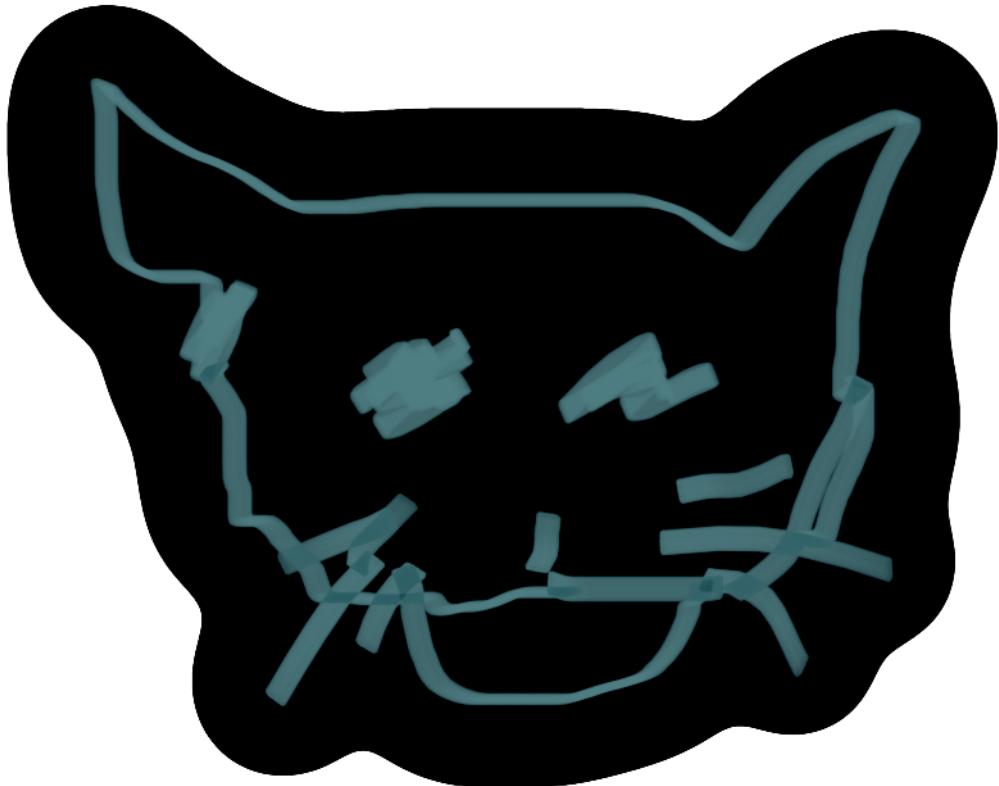
Para este nuevo número, invitamos a nuestrxs lectorxs y —por primera vez— a escritorxs colaboradorxs a reflexionar alrededor de estos sentimientos y de cómo la música nos ayuda a enfrentarlos. Finalmente, evocar nuestro pasado y sus sonidos nos recuerda que la música y la pérdida son tan inevitables como atemporales.

Índice



La trilogía *Virtute*

Por Mathias Ball Escamilla



una historia de pérdidas y perdones

Ilustraciones: Elisa Ramírez Castro



MALAUDRIO

La pérdida es una inevitabilidad de la vida. Algunas abren hoyitos pequeños en el tejido de nuestro ser, que con el tiempo se cierran solos; otras abren agujeros más grandes, que deshilachan nuestra tela de tal forma que nunca sana por completo, pero lidiamos con ellos con relativa facilidad; finalmente, hay pérdidas que forjan huecos enormes que si descuidamos tienen el potencial de consumirnos por completo. Comenzando en el 2003 y concluyendo en el 2016, el cantautor canadiense John K. Samson contó una historia sobre este último tipo de pérdida, la que conlleva una amenaza de destrucción. A lo largo de las tres canciones que componen la trilogía de Virtute, Samson pinta un retrato creativo, trágico y conmovedor de los estragos que puede producir la pérdida: en la primera canción vemos los efectos del vacío en la persona herida; en la segunda, cómo ese vacío puede herir a las personas cercanas; y en la tercera comparte el momento de reconciliación que puede venir como resultado del cuidado y el perdón.

Samson no será un nombre reconocido en la música (por lo menos no en México), pero sus canciones, especialmente las que compuso durante su tiempo como líder de la banda The Weakerthans (1997-2014), son realmente memorables, tanto por ser pegajosas como por sus letras ingeniosas. Los escuché por primera vez en el 2016 y, aunque en el momento no me causaron gran impresión, hubo rolas que nunca abandonaron mi mente: la entretenida e hipotética premisa de una salida entre un filósofo posmodernista y un explorador del antártico que Samson trata en la explosiva y encantadora “Our Retired Explorer (Dines With Michel Foucault in Paris, 1961)”; las tres composiciones complementarias escritas en formato de soneto shakesperiano (“(Manifest)”, “(Hospital Vespers)” y “(Benediction)”) que narran los últimos momentos íntimos de un hombre con una enfermedad terminal y una amistad cercana; o la oda inquebrantablemente honesta y despectiva a su ciudad natal, Winnipeg, “One Great City!”. En los cuatro años que pasaron entre la primera escucha y su redescubrimiento, estas canciones revoloteaban por mi mente de vez en cuando, porque su genialidad obliga a un recordarlas. También, y con más presencia que las demás, estaba la primera parte de la trilogía de canciones de la cual estoy escribiendo: “Plea From a Cat Named Virtute”, la primera y encantadora entrega de la historia de una gata y su dueño, obviamente narrada desde el punto de vista de la protagonista felina



Plegaria de una gata llamada Virtute

(*The Weakerthans, Reconstruction Site, 2003*)

Antes que nada, un paréntesis personal (pero relacionado): en junio del 2020, tras tres meses del encierro pandémico que todavía nos asedia, decidí adoptar un gato. Lo que por un buen rato fue deseo se había vuelto necesidad: me urgía tener a un compañero, cuidar y ser cuidadx. Fue así que llegó Phoebe a mi vida, que incluso en mis peores días se acuesta en mi pecho y ronronea y hace que me pare de la cama aunque sea para alimentarla. “Plea From a Cat Named Virtute” trata sobre una relación similar: en esta canción alegre y energética, Samson cuenta cómo un gato intenta sacar a su dueño de la tristeza que lo consume.

Gran parte del encanto y el peso emocional de la trilogía de Virtute proviene no sólo del hecho que el narrador sea un gato (adorable), sino de cómo Samson construye al personaje. En aras de la comprensión, Samson interpreta a Virtute en inglés y no por medio de maullidos, pero el personaje es un gato y por ende ve el mundo como un gato lo haría; posee una suerte de inocencia respecto al mundo humano. En “Plea”, esto significa que logra captar el comportamiento autodestructivo de su dueño, aunque no logra identificar la causa (una ruptura amorosa) ni nombrar sus conductas como lo que realmente son (el inicio de la depresión y el alcoholismo). Incluso sin saber todas estas cosas, Virtute aprecia la gravedad de la situación y se empeña en ayudar a su dueño, todo desde su perspectiva gatuna (en serio, adorable).

En el primer verso, Virtute menciona las nuevas conductas extrañas de su humano: cómo nunca quiere jugar, cómo no come, cómo duerme la misma cantidad de tiempo que ella, cómo habla solo (y ya revisó: en los cuartos del departamento sólo hay polvo y sombras). En el segundo verso, Virtute dice “patas a la obra, es hora de actuar” y propone abrir el depa y armar una fiesta (“Invite the tabby two doors down / You could ask your sister / If she doesn't bring her basset hound”), para divertirse y distraerse; ella se encargará de la comida (todos los pájaros que logre cazar). Pero para la sección final de la canción parece que nada ha cambiado (“All you ever want to do is drink and watch TV”) y Virtute está frustrada, al grado que amenaza con violencia a su dueño a menos de que deje de menoscabarse (“I swear I'm going to bite you hard / And taste your tiny blood / If you don't stop the self-defeating lies / You've been repeating since the day you brought me home”). “I know you're strong” son las últimas palabras de Virtute, cuya plegaria ha sido que su dueño reconozca la fuerza de cuya existencia ella está segura; ella no lo sabrá, pero su nombre significa fuerza o poder en latín: ¿cómo no podría predicarle esas mismas virtudes a la persona a la que ama, a la persona que la nombró?



Virtute la gata explica su partida (*The Weakerthans, Reunion Tour, 2007*)

Estoy bastante seguro de que John K. Samson no tenía una secuela en mente cuando escribió “Plea From a Cat Named Virtute”, o por lo menos esa secuela planeada no era “Virtute the Cat Explains Her Departure”. Como ya vimos, “Plea” termina sin ofrecer conclusiones definitivas respecto a la situación del dueño de Virtute, así que siempre fue una posibilidad continuar esa historia. Sin embargo, dado el tono alegre de esa canción y la fuerza inquebrantable de Virtute, pareciera que el destino del humano era recuperarse, con sólo unas cuantas mordidas felinas como muestra de su conflicto, y tener una vida feliz al lado de su fiel compañera. Quizás en un mundo paralelo eso es lo que pasó, pero el John K. Samson de nuestro universo tuvo otras ideas—haya sido desde la concepción de Virtute o en algún oscuro momento después del debut del personaje gatuno—, propósitos decididamente menos felices para mi gata ficticia favorita, porque en un abrir y cerrar de ojos todo se fue por la borda. Tal vez sea porque ahora tengo mi propia compañera felina (saludos a Phoebe, acostada al pie de la cama), pero escuchar “Virtute the Cat Explains Her Departure” me hace añorar el corazón, cada vez con la misma intensidad que la primera ocasión en la que inocentemente le puse play.

Desde el primer instante es claro que algo cambió: el final explosivo de “Plea” da lugar a una batería solitaria tocando una frase lenta, que se mantiene constante por casi la duración entera de la canción, incluso cuando entran la voz y los demás instrumentos. Como ya establecí, gran parte de la efectividad de estas canciones viene de la inocencia de Virtute: en “Plea”, Samson la utiliza para crear encanto, mientras que en “Departure” es la fuente de una tragedia incommensurable. Virtute comienza la canción haciendo lo que dice el título, explicando su partida, aunque al parecer ni ella sabe bien por qué lo hizo. No hace mención del comportamiento de su dueño como una razón, más bien explica que el mundo simplemente la llamó: la lluvia, la tierra mojada, el callejón, la luna creciente en el cielo nocturno.

La inocencia de Virtute sale a relucir en la segunda mitad del verso, cuando recuenta el comportamiento del dueño (que claramente la estaba buscando): “For a while I heard you missing steps in the street / And your anger pleading in an uncertain key / Singing the sound that you found for me”. Después de una elipsis, aprendemos que Virtute nunca regresó a casa; de hecho, lleva tanto tiempo descuidada que perdió las puntas de sus orejas debido al frío de las calles. Eventualmente encuentra refugio en una fábrica, donde se ve reflejada en las máquinas que esperan a sus humanos, tal como ella esperaba al suyo. “Virtute the Cat Explains Her Departure” funciona excepcionalmente bien como secuela a “Plea” porque trabaja con elementos de la primera canción y les da nuevo significado. La memoria de su humano no sólo hace referencia al consumo de alcohol que mencionó en “Plea”, sino que la relaciona el ancla de la canción, el estribillo “the sound that you found for me”: “I remember the way I would wait for you / To arrive with kibble and a box full of beer / How I'd scratch at the empties desperate to hear / You make the sound that you found for me”. El último verso utiliza el mismo recurso: en su reminiscencia del cariño y el amor que compartía con su dueño, Virtute menciona al mismo gato atigrado de “Plea”: “After scrapping with the ferals and the tabby / I'd let you brush my matted fur / How I'd knead into your chest while you were sleeping / Shallow breathing made me purr”.

A primera vista, las dos canciones parecen no tener similitudes estructurales, pero en cuestiones prácticas, este no es el caso. “Plea” contiene dos versos, dos coros y una sección final, mientras que “Departure” consiste de tres versos, pero ambas canciones giran en torno a una frase con ligeras variaciones que se repite en tres ocasiones. En ambas canciones estas frases hacen referencia al nombre de Virtute: en “Plea”, Virtute literalmente utiliza la palabra que su nombre significa en inglés (“strength”), mientras que en “Departure” hace alusión al sonido con el que su dueño la identificaba. Originalmente, había citado mal el estribillo, supliendo “found” (“encontrar”) con “made” (“hacer”), restando a la frase de muchísimo poder emocional, porque el acto de hacer el nombre apunta a la voluntad del dueño, mientras que el acto de encontrarlo quizás implica lo inevitable, lo predestinado: no había otro sonido para esta gata, otro nombre más que Virtute. Es entonces verdaderamente trágico, un golpe emocional bajo, sucio, cuando Virtute declara al final de la canción “but I can't remember the sound that you found for me”; al olvidar



MAL ALBUMINO

3

Virtute en paz (John K. Samson, *Winter Wheat*, 2016)

Nueve años después de romper el corazón del mundo con “Virtute the Cat Explains Her Departure”, John K. Samson se dignó en dedicar otra canción a la historia de Virtute. Más que otra secuela, “Virtute at Rest” funge como un epílogo; es una pieza breve —dura menos de dos minutos y consiste de sólo 12 líneas de texto— pero le da un cierre satisfactorio a la serie, tanto narrativo como temático. Desafortunadamente, no es un final del todo feliz. En algún momento, Virtute falleció, pero su dueño sí logró eventualmente superar su depresión y su adicción, y es gracias a ello que Virtute puede regresar: su terapia, los antidepresivos y siete meses de sobriedad le han permitido encarar su culpa, construirle una cama en su mente a la memoria de su querida gata.

“Virtute at Rest”, al igual que “Departure”, tiene referencias textuales a “Plea From a Cat Named Virtute”, pero tal como la segunda canción de la trilogía, no son gratuitas, sino que realmente funcionan de forma maravillosa para forjar una narrativa poderosa. En primera instancia, Samson utiliza un elemento de la primera frase de “Plea” (“Why don’t you ever want to play? / I’m tired of this piece of string”) en esta canción (“In the back of your brain, where the memories flicker / And I paw at the synapses, bright bits of string”) para recalcar la diferencia en el estado mental del dueño. Pero mientras que en “Plea” la cuerda era un objeto inerte y aburrido, en “at Rest”, las “cuerdas” son una parte del dueño por medio de las cuales Virtute y él interactúan.

En el cierre de la canción, Virtute se dirige directamente a su dueño, retomando algunos de los aspectos de su mensaje en “Plea”. Llena de amor como siempre, le asegura de su compañía constante, de su perdón y de su orgullo, y cariñosamente le recuerda que le enterrará sus garras cuando comience a desviarse. La gata tiene, además, una nueva plegaria para su dueño: que se acuesten a descansar, tirados al sol como solían hacer, y que de igual manera él deje descansar todas las cosas que no puede cambiar.

So	let	us	rest	here,	like	we	used	to
In	a	line	of	late		afternoon		sun
Let	it	rest,	all	you	can't		change	
Let	it	rest	and		be		done	



MAL AUBRID



Ilustración: Nadia Ramírez Fernández

Los Recuerdos que Nos Llegan

Por Sofía Bak Geler



Soy acumuladora de recuerdos, adicta a pedazos de cartón con nombres de obras de teatro, a cartas de amistades de hace diez años, al boleto del primer parquímetro que pagué cuando fui a mi primera sesión de terapia después de años, a todas las botellitas de Rivotril que me he acabado desde que decidí que era momento de ayudarme a mí misma, porque, si no era yo, quién iba a ser? Todos son recuerdos que guardo en cajones o debajo de mi cama, incluso entre libros. Recuerdos que si no quiero ver puedo ignorar plácidamente.

La música no es así, ella no entiende de cajones; por eso es la mejor compañera, porque te acompaña y te abraza en los momentos en que la necesitas. El poder de la música es algo que nunca he ignorado; de hecho, creo que ese poder es algo que cualquier melómanx conoce. ¿Qué sería de la vida sin nuestra gran compañera y los grandes momentos que hicieron que nos enamoráramos de ella, como escuchar tu canción favorita en vivo, sentir la piel chinita y bailar hasta morir rodeadxs de otros humanos sudorosos que comparten contigo la adrenalina del momento. Cuando vives el momento nunca piensas que después sería un recuerdo (quizá tan poderoso que haría que sintieras la electricidad recorrer tu cuerpo).



Y así, poco a poco, empezó a formarse un sentimiento de nostalgia tan abrumador, que no sólo era el corazón el que se me hundía, era toda yo cayendo como Alicia en un agujero de recuerdos y de todos los posibles recuerdos frustrados. Porque una cosa es bailar tu nueva canción favorita mientras lavas los trastes o te bañas para ir a ninguna parte, y otra muy diferente es poder compartirla con la gente que quieras.

Es curioso que mientras me ahogaba en la nostalgia de experiencias que no estaban sucediendo, la pandemia me alejaba de las personas que estaban en mi vida, y no sólo de las fiestas y los conciertos. En mi caso, el encierro me separó de una de mis mejores amigas de la adolescencia, y después, sin darme cuenta, también de mi primer amor, ése con el que iba a ver a Bauhaus en mi cumpleaños. En ambas situaciones los recuerdos acompañados de música estuvieron ahí, pues al principio, cuando me di cuenta de que mi amistad se iba por la borda y no había cómo salvarla, me obsesioné escuchando a todxs lxs artistas que escuchamos en vivo juntas, bandas que marcaron nuestra adolescencia y nuestra transición a la adultez. Recordé las noches en las que nos quedamos a dormir juntas después de los conciertos, y la emoción de comprar los boletos y esperar el día del evento. La música fue una catarsis. Dejé ir y dije "está bien, duró lo que tenía que durar y fue bueno". Ahora si una canción que compartí con ella se reproduce, pienso en los grandes momentos compartidos.

El año pasado, cuando empezó el gran encierro, yo ya tenía un pequeño arsenal de boletos para conciertos, la mayoría compartidos con el que entonces era mi pareja, pues lo había convencido de que ningún concierto iba a ser peor del que hoy recordamos como "El Corona lodazal" del 2014, que dejó estragos en su memoria. El 2020 iba a ser el año del regreso triunfal, estábamos listxs para volver al rodeo.

Sin embargo, cuando llegó abril y todo estaba cerrado, sólo pudimos quedarnos en nuestras casas y esperar que para junio todo volviera a la normalidad. Y así se nos vinieron los meses encima, sentadxs en nuestras casas y sintiendo que el tiempo se detenía, que era una primavera eterna, luego verano, hasta que de pronto volvió a ser invierno, y en todo este tiempo viví en un limbo: entre el "todo está bien" y el "todo está mal", entre volver a obsesionarme con el soundtrack de Twilight (y de paso con las películas, ¿cómo no?) y cantar a todo pulmón el nuevo álbum de Dua Lipa; o descubrir que la música pop del momento se moldea a través de Tik Tok.

En el segundo caso todo ha sido más difícil; sin embargo, la música no abandona. Hoy escribo este texto dedicado a la nostalgia y también, de alguna manera, se lo dedico a ese gran amor, pues estoy completamente acompañado de canciones; al abrir nuestros corazones, también compartimos la música que nos acompañaría siempre: él con su amor a Radiohead, Charly García, Frank Sinatra y Damien Rice; yo con mi amor a David Bowie, The Cure, Paramore y Patti Smith; o el gusto compartido por los Talking Heads, Pulp, Jorge Drexler y Arcade Fire. Porque hoy, mientras escribo esto, recuerdo a la perfección qué canciones escuchaba cuando lo conocí, o los viajes en carretera escuchando a The Killers y King Crimson. Hoy, mientras escribo esto, recuerdo una de nuestras primeras citas escuchando a la poderosísima Jannis Joplin, o recuerdo habernos descontrolado y haber bailado mientras escuchábamos a My Chemical Romance; también recuerdo haber compartido audífonos en un camión hacia la playa de Oaxaca; recuerdo las cumbias, las salsas y el reggaetón bailado en las fiestas, y también los gustos culposos que nunca juzgamos.

Escribo este texto y pienso en la nostalgia que me abruma, en mis amistades, las que siguen y las que no siguen, en mi familia y los conciertos, en ese gran amor que ya no está. Pienso: si todo fuera como antes, ¿me sentiría igual? Al fin y al cabo creo que es la nostalgia la que me hace guardar todos los pequeños cachitos de recuerdos, los que todavía puedo ver y tocar. Escribo agraciada por todos los momentos que la música me trae de vuelta y por la pasión que me genera hacia la vida. Escribo agraciada por todas las canciones que me acompañan en mi camino y por todxs lxs artistas que las crean, porque al final del día, mis botellitas de Rivotril, las fotos, los boletos y los tickets de parquímetro podrían desaparecer, pero las sensaciones que nos trae la música siempre viven en nosotrxs.

MF DOOM, o la soledad de las palabras

un pequeño obituario a manera de ensayo

Por Sebastián Maldonado Cano

1

Siempre he sido un total ignorante de los cómics. No lo digo con afán de superioridad intelectual, sino con un poco de pena. Por eso la única vez que fui a una tienda especializada en cómics le pregunté con intriga a la amiga que me acompañó por qué los héroes tienen tantas historietas simultáneas. Me explicó que cada personaje tiene series y que a veces aparecen de manera simultánea en diferentes arcos narrativos, a veces alterando sus identidades, su papel (de héroe a villano, por ejemplo) o su backstory.

De todos los villanos, Daniel Dumile es mi favorito. Dumile, mejor conocido como MF DOOM, definitivamente es uno de los raperos más extraños, raros y misteriosos de la historia del hip-hop. También es uno de los más hábiles y creativos con las palabras —una vez, en una clase de literatura, incluso argumentó que tenía mejor creatividad para rimar que Shakespeare—. Probablemente lo primero que recordamos de DOOM es la máscara inspirada en la usada por Russell Crowe en la película Gladiador (2000), en conjunto con la personalidad del mítico Dr. Doom de Marvel. Pero detrás de la máscara jamás estaba Daniel Dumile. Como los villanos de las historietas, Dumile tenía muchos personajes y muchas series. El más conocido es MF DOOM, pero también rapeó bajo los seudónimos King Geedorah, Viktor Vaughn, Zev Lov X; o en proyectos colaborativos con nombres como Madvillain, NastraDOOMus, DANGERDOOM, y WestSide DOOM, entre muchos otros.

No sé si en las historietas llegará un momento en el que se decidirá retirar a los personajes de su universo, o si vivirán para siempre. El 31 de diciembre del año pasado anunciaron la muerte de MF DOOM. Al principio creí que era una broma de Twitter, después me enteré de que era cierto. Si bien MF DOOM murió, logró su cometido como villano, pues sus malvados planes quedaron grabados en su música, sus palabras y, sobre todo, en el corazón de miles de personas. El título de este escrito dice que esto es un obituario, pero tal vez sólo es un recuento de los motivos que hacen de DOOM uno de mis artistas favoritos.

2

Bajando las escaleras que dividen la biblioteca central de la FFyL hay un pequeño local de lámina en el que se pueden conseguir garnachas a precios asequibles para los estudiantes de tiempo completo. Las quesadillas con salsa verde eran mi platillo predilecto y al menos una vez al mes iba a comer a aquel lugar famoso (ante todo, por sus licuados y sus tortas).

En aquel entonces me juntaba mucho con una amiga muy querida, Daniela. Entre todas las cosas que nos unen, tal vez uno de los lazos más fuertes de nuestra amistad surgió por la música. Frecuentemente nos juntábamos para enseñarnos canciones y nos anunciamos con alegría los nuevos lanzamientos de J-Cole, de Tyler the Creator y de Kali Uchis: no había sorpresa que se llevaran mis oídos que no quisiera compartir con ella. Una tarde muy caliente y seca, con los ánimos un poco bajos y sin el deseo de asolearnos sobre el pasto de las islas, fuimos a comer al puesto de lámina. Ambos nos sentamos en las escaleras de concreto y contemplamos la luz del sol, aquella que, cercana al atardecer, ilumina las cosas con un color dorado peculiar. También recuerdo que me sentía algo cansado y sin muchas ganas de platicar. Creo que ella también estaba abrumada porque me contó un par de historias que me hicieron pensar en el vacío. Entonces nos quedamos en silencio y saqué mi teléfono para poner Madvillany (2004), álbum que apenas había conocido una noche anterior. Compartir música siempre es una de las cosas más bonitas en las amistades; a veces te une con desconocidos. Y en ese momento MF DOOM me parecía tan genial que creí que podría ayudarnos a levantar el ánimo.

Ella ya había escuchado "Meat Grinder" y me lo hizo saber. (Sentí como cuando le enseñas un meme a alguien que ya lo había visto). Luego pensé que yo estaba exagerando y que su comentario no era necesariamente una queja, por lo que dejamos correr la música. Antes de ese día, sólo conocía a MF DOOM por Operation Doomsday (1999). Desde entonces, había algo en el sonido imperfecto y melodioso de sus beats que me hacía sentir en otro lugar. También había días que de la nada me venían a la cabeza versos de DOOM como "Only in America could you find a way to make a healthy Buck / And still keep your attitude on self-destruct". Me emocionaba su figura misteriosa y su manera despreocupada de hacer rap. Me gustaba pensar que había un nerd rapeando sobre cosas de nerds en vez de hablar de autos y de lean. Creo que eso hace a MF DOOM cercano a muchas personas: su voz es atípica en el panorama del rap y se esfuerza mucho por mantener allí su identidad: ¿quién quiere rapear sobre dinero cuando se puede rapear sobre cómics y helado?

Además, DOOM demostró que se puede rapear sobre cualquier cosa y ser magistral con las palabras. No por nada se ganó el epíteto de "Your favorite rapper's favorite rapper". De verdad creo que la habilidad y el ingenio de MF DOOM son únicos e irrepetibles. Me encantan, por ejemplo, las líneas de "Accordion" en las que dice "Slip like Freudian / Your first and last step to playing yourself like accordion". Estas líneas son, por decirlo de algún modo, el punchline de la canción. El beat de "Madlib" está hecho con el sample de un acordeón, y en esas líneas DOOM alude simultáneamente a dicha cualidad melódica y al tema de introspección que construye a lo largo de la canción. También el juego de palabras entre Freudian slip/sleep siempre me vuela la cabeza. Freudian slip se refiere a un momento en el que el subconsciente se manifiesta en el lenguaje, las acciones o la memoria, mientras que Freudian sleep alude al psicoanálisis basado en sueños. Esta ambigüedad nos lleva, según DOOM, a desdoblarlos como acordeones en una especie de círculo eterno en el que el primer paso siempre es el último. Todo esto lo dice DOOM en apenas unas cuantas palabras, por eso es que hay que escucharlo con detenimiento, pensando lo que dice casi como si leyéramos poesía. Con frecuencia DOOM parece sólo un rapero chistoso o simplemente ingenioso, pero muchas veces sus palabras esconden algo detrás de sí mismas.

Después de escuchar Madvillany, Daniela y yo nos sentimos más alegres y animados. La música de DOOM, de alguna manera, siempre me hace sentir mejor, sin importar cómo vaya el día. Lo he pensado y creo que son sus palabras las que hacen que te sientas acompañado. Pareciera que DOOM raea desde una soledad extraña tan aislada del mundo, que su única posibilidad de conexión es con algún desconocido que trae los audífonos puestos. Sus palabras viajan y acompañan; creo que porque son un reflejo de su mismo dolor, después de la muerte de su hermano y su hijo: "On Doomsday / Ever since the womb 'til I'm back where my brother went / That's what my tomb will say / Right above my government, Dumille / Either unmarked or engraved, hey, who's to say?"

A veces creo que él está más tranquilo en la muerte. A veces siento que DOOM no buscaba tanto ser un villano como ser una especie de exiliado cuyas palabras se escuchaban apenas como un vago rumor de compañía, o una especie de sermón encriptado. La soledad que emana de sus palabras, curiosamente, provoca todo lo contrario al desamparo. MF DOOM es el villano más heroico de todos.

Mi hermano fue quien me hizo saber sobre la muerte de DOOM. Estábamos en el descampado y, por los vientos torrenciales con los que cerró el año, no alcanzaba a escucharlo. Su voz me decía algo, pero no lo entendía. Me gritaba cada vez más fuerte: "Se murió MF DOOM", hasta que lo entendí. Aunque al principio no respondí, lo primero que pensó fue en lo sucedido hace algunos meses, cuando murió Kobe Bryant, uno de sus ídolos. Creo que en ese momento fui yo el que le anunció su muerte, entonces esa deuda estaba saldada. Me dolió la muerte de DOOM y no podía evitar sentirme ridículo por estar adolorido ante el fallecimiento de un desconocido, sobre todo considerando todas las personas que han enfermado desde que empezó la pandemia.

El día que Kobe murió, ni mi hermano ni yo sabíamos que él era un violador. Cuando nos enteramos, nos sentimos estafados y engañados. Un día, mi hermano me llamó desde su habitación para contarme una parábola; era una historia en la que Jesús decía que el error más grande cometido por el hombre era admirar a otras personas. "Todos los humanos cometemos errores y atrocidades. Sólo Dios está libre de imperfecciones y por eso sólo lo podemos admirar a él", me explicaba. No me contó esto con ningún afán dogmático o religioso, creo que había algo más en esa parábola que él encontraba interesante, aunque aún no estoy muy seguro de qué era. Lo único que es cierto, es que hay momentos de la vida que sólo son llevaderos gracias al arte de otras personas, sea música, literatura, cine o qué sé yo. Creo que cada quién tiene personas que admira y que quiere a pesar de ser perfectos extraños. Las palabras de MF DOOM repararon más de una vez mi soledad, y siempre se lo agradeceré. "And that's that", como diría el mismísimo villano del rap.

EL PRIMER PASO
SIEMPRE ES
el último

and that's that

Van Gogh

en San Miguel de Allende

Por Luisa de la Concha Montes

La casa donde creció mi mamá tenía pares de todo. Dos tocadiscos, dos teléfonos, dos baúles. Ella nunca supo explicarme el motivo de esto, o tal vez nunca quise preguntarle. Han pasado más de veinte años desde que ella dejó esa casa vieja con puertas verdes y paredes blancas, pero los pares siguen dentro. Hoy queda un extraño vacío. Ya no hay quién use el teléfono del lado izquierdo del buró, ya no hay quién ponga a Pavarotti en el segundo tocadiscos y mucho menos hay quién llene aquel baúl de más papeles. A veces me duele ser la única persona que parece notar estas cosas.

La pérdida nunca está en la ausencia. Siempre, siempre está en la presencia distinta. Como ahora, que mientras voy en este coche rumbo a San Miguel de Allende, me hace falta una mano que tomar. Una mano que tomé hace más de tres años. Una mano que hace poco pude retomar, pero que ya no es mía (siendo honesta, nunca lo fue). Hace algunos meses te enseñé un texto que escribí sobre las memorias táctiles, sobre los roces físicos que la mente olvida, pero que la piel recuerda. Cuando escribí ese texto no estaba pensando en ti y mucho menos en la tactilidad de nuestras memorias. Sin embargo, cuando volví a tomar tu mano, me dio risa lo bien que la recordaba. Es como si mi mano, durante todos estos años, se hubiera mantenido fiel a la tuya. Mientras que mi mente —ajena a los deseos de mi mano— se enamoró de otras manos, de otros dedos, de otro.

Extrañamente, no me siento sola. Ya no. He creado una vida lejos de aquí. Con mi propio tocadiscos, mi propio teléfono, mi propio baúl. Aún se cuelan canciones de otros tocadiscos, llamadas de otros teléfonos y papeles de otros baúles. Algunos se cuelan y los saco, otros se cuelan y los dejo; muchos desaparecen sin explicación. Algún día, cuando yo ya no esté aquí, alguien tendrá que indagar en estas cosas. ¿Sentirán la presencia de mi mano? Tal vez intentarán explorar esos objetos a la inversa: del presente hacia al pasado, intentando entender cómo es que terminaron ahí. Intentando crear un mapa que guíe sus manos ajenas hacia la lógica de mi propia mano. Tal vez sólo tu mano sea capaz de recorrer ese camino. O tal vez tu mano ya no exista para ese entonces. No sé.

Volviendo a la realidad: Hoy mi tocadiscos toca Architecture & Morality de Orchestral Maneuvers in the Dark. Te dije que esperaría hasta llegar a San Miguel para oírlo, pero no pude esperar. Preferí oírlo aquí, en este limbo entre la ciudad (tu ciudad presente) y San Miguel (nuestra ciudad pasada). Sé que en cuanto llegue allá, se convertirá en un destino más, un destino temporal. Tal vez se trivialice o peor aún, tal vez los nuevos recuerdos reemplacen a los viejos. Pero ahora, en este momento de limbo, quiero hundirme en esto.

The more we learn, the less we know.

P.D. ¿Vas a contestar el teléfono?

*en este momento
de **limbo**,*

*quiero **hundirme**
en esto*

Ilustración: Ana Paula Hernández

Tiempo Encapsulado

Por Clara Hoffmann de Buen

Creo que el tiempo no merece mucha confianza.

¿Por qué hay lugares y momentos que se escapan de su alcance?

El patio de casa de mi abuela me ha visto preparar pócimas con flores de bugambilia y tierra de las jardineras. Me ha visto incontables domingos sentada a comer rodeada de familia, riendo y elevando la voz para ser la más escuchada. Me ha visto acostada en el pasto estudiando, y acostada en el pasto tomando el sol. Me ha visto esperar mi turno para mi odiosa clase de piano. Me ha visto a los seis años cantando canciones de Belinda, y a los diecisés cantando canciones de All Time Low. Me ha visto cambiar, mientras el patio de casa de mi abuela se queda igual.

El camino de mi casa al WTC me ha visto llorar después de despedirme de mi mejor amiga. Me ha visto aventurándome al cine en soledad siete veces distintas para ver Bohemian Rhapsody cada vez que la preocupación sobre mi futuro era abrumadora. Me ha visto regresar de casa de mi abuela cada miércoles a las cinco de la tarde. Me ha visto correr bajo la lluvia con mis amigas. Me ha visto sola, me ha visto acompañada, me ha visto buscando compañía. Me ha visto cambiar, mientras el camino de mi casa al WTC se queda igual.

La cocina de la casa de Cuernavaca me ha visto bailar con mi mamá “Because The Night” de Patti Smith, a las tres de la mañana en Año Nuevo. Me ha visto llorar por mi primer amor; me ha visto llorar por mi verdadero amor. Ha escuchado peleas entre mis papás, y ha escuchado risas entre hermanos. Me ha visto preparar palomitas con mis primas mientras peleábamos por nuestro Jonas Brother favorito. Me ha visto gatear y me ha visto pelear por las llaves del coche de mi tía. Me ha visto cambiar, mientras la cocina de la casa de Cuernavaca se queda igual.

El baño amarillo de mi casa me ha visto sentada en el lavabo mientras lloro. Me ha visto cantar “The Other Side” de Tonight Alive, a todo pulmón, y me ha visto llorar mientras escuchaba “Little Things” de One Direction. Me ha visto arreglarme para salir y arreglarme para dormir. Me ha visto hablar con amores a escondidas y en voz baja para no despertar al resto de la casa. Me ha visto quererme, me ha visto odiarme, me ha visto totalmente indiferente. Ha visto incontables miradas críticas en el espejo. Ha visto incontables miradas de cariño en el espejo. Me ha visto cambiar, mientras el baño amarillo de mi casa se queda igual.

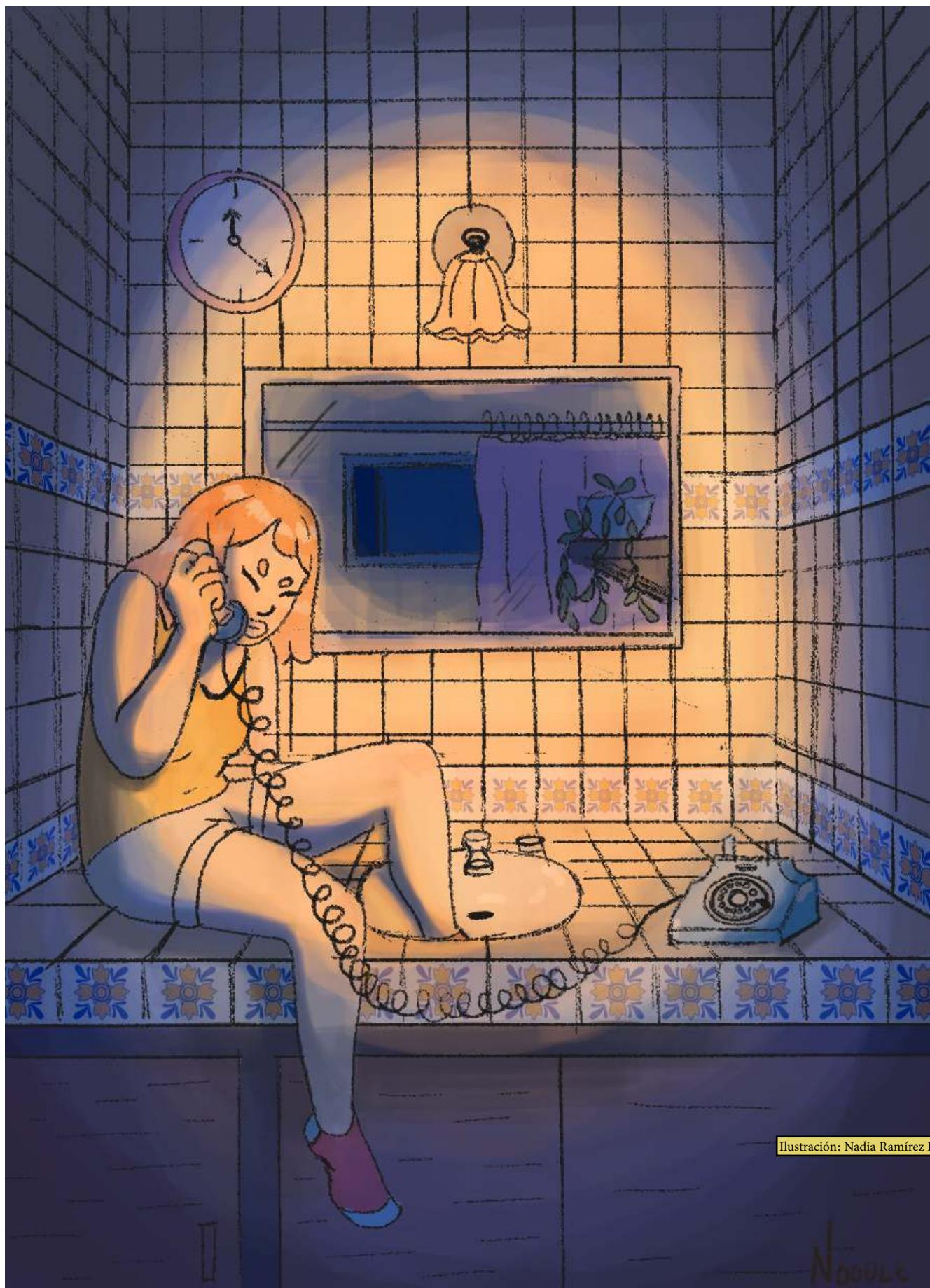


Ilustración: Nadia Ramírez Fernández

Noudle

Everywhere at the End of Time

Por Alex Ramírez Noreña



Ilustración: Esteban A. Catalán

STAGE 1 - (A1-B6)

"Here we experience the first signs of memory loss.
This stage is most like a beautiful daydream.
The glory of old age and recollection.
The last of the great days."

En marzo del 2011 mis abuelos maternos vinieron de visita. En un principio iban a estar dos semanas, pero extraviaron un papel migratorio y se vieron obligados a alargar su estancia; se quedaron hasta octubre. Su tiempo aquí coincidió con el hecho de que mi papá consiguió trabajo en Guadalajara, y con mi mamá trabajando hasta tarde y mi hermano aún muy pequeño como para darse cuenta de los nuevos inquilinos, terminé siendo yo quien más convivió con ellos. En esos meses mi abuelo me inculcó el amor por el fútbol, nos sentábamos a ver los partidos del mejor equipo de la historia. Mi abuelo siempre pareció ser un personaje muy tosco y estoico, y sin duda lo era, pero ese año aprendí cuáles eran las dos cosas que le iluminaban el rostro: el fútbol y mi abuela.

Mi abuela es tan el estereotipo de "abuela", que raya en lo satírico. Sonriente, gordita, cocinera experta, cariñosa, suave como un panecito, ama de casa profesional, prepara galletas, hablantina, amable, despreocupada ante la existencia, entregada a sus cuatro hijos y nueve nietos. Un personaje de Disney o de Bob Esponja. Mientras mi abuelo y yo celebrábamos los tres goles en la final de Champions (Pedro, Messi, Villa, en ese orden) mi abuela estaba en el jardín. Esos meses pasó mucho tiempo en el jardín. No se sentaba a tejer ni nada, sólo salía al jardín. La casa estaba en la cima de un risco y la vista desde mi cuarto, y desde la azotea, era panorámica. Las altas paredes de yeso blanco del jardín no dejaban que tuviera la misma vista. Sólo se escuchaban los ruidos citadinos. Una vez me asomé desde mi ventana y vi a mi abuela parada en el jardín viendo hacia la pared. Estuvo ahí, inmóvil, por casi una hora. Si no hubiera sido por mi abuelo que la fue a buscar, no se hubiera movido. Otro día la espíe más de cerca. Su rostro se contorsionaba, sus cejas se fruncían duramente, como si estuviera resolviendo un examen de matemáticas. Era como si intentara descifrar, a punta de sonidos, las imágenes del otro lado de las paredes de yeso blanco. Una vez se enojó conmigo y no me habló por tres días porque, al llegar de la escuela, le dije que iba a comer con ellos, pero me subí a jugar videojuegos. Subió iracunda a reclamarme. No era común que mi abuela se enojara, y mucho menos que gritara. Entre más intentaba calmarla, más se enojaba.

Estoy seguro de que ese día, llegando de la escuela, yo no le dije que iba a comer con ellos.

STAGE 2 - (C1-D5)

"The second stage is the self realisation and awareness that something is wrong with a refusal to accept that.
More effort is made to remember so memories can be more long form with a little more deterioration in quality.
The overall personal mood is generally lower than the first stage and at a point before confusion starts setting in."

En diciembre del 2013 yo iba a pasar la noche del 24 con mis abuelos paternos y, durante el día, iba a estar con mis abuelos maternos. Mis papás no fueron a Colombia esa vez, así que la tarea de coordinar cualquier movimiento mío o de mi hermano recaía en mí. Con eso en mente llamé a mis abuelos maternos el 22, avisándoles del plan navideño. Hablé con mi abuela y se escuchaba más que feliz. Mis primos habían hecho arreglos similares, así que mis abuelos estaban en las nubes con la idea de tener a todos sus nietos la tarde del 24.

El 23 suena el teléfono; mi abuela paterna contesta. Su contraparte materna la recibe a gritos y reclamos, preguntándole por qué yo no había ido ese día, el 23, a su casa. Me pasa a mí el teléfono. Creo que, si hubiera estado en frente de mí, mi abuela me hubiera pegado. Después de varios minutos de gritos sin sentido, colgó, prohibiéndome ir con ellos el 24. Al día siguiente fui con mi hermano a casa de mis abuelos maternos, con la esperanza de que mi abuela recibiera, aunque sea, a mi hermano. Mi abuela nos recibió a ambos como si nada y no dijo una sola palabra sobre nuestra conversación por teléfono del día anterior. Unos días después mi abuela paterna me preguntó sobre el exabrupto. Le dije que fue un simple malentendido, que le pudo haber pasado a cualquiera.

STAGE 3 - (E1-F8)

"Here we are presented with some of the last coherent memories before confusion fully rolls in and the grey mists form and fade away. Finest moments have been remembered, the musical flow in places is more confused and tangled. As we progress some singular memories become more disturbed, isolated, broken and distant. These are the last embers of awareness before we enter the post awareness stages."

Hubo dos noches muy extrañas en el verano del 2014. La primera fue cuando un primo y yo acompañamos a mis abuelos a la finca. Los paseos a la finca usualmente eran con los demás primos y a veces con alguno de mis tíos, pero la universidad y demás cosas de la vida hicieron que ese verano sólo fuéramos mi primo David y yo. Una noche, a eso de las once, David y yo estábamos en la sala, viendo reality shows colombianos en el televisor viejo de la finca y hablando sobre niñas. Mis abuelos se dormían a más tardar a las nueve, y ambos eran de sueño pesado, por lo que al escuchar pasos acercándose, no dudamos en que alguien había entrado a robar. Valientes que éramos a los dieciséis, nos acurrucamos en una esquina del sofá, defendiéndonos con cojines, expectantes a los pasos que se acercaban cada vez más. Una mano arrugada agarró el marco de la puerta y los dos soltamos un grito. Cuando el resto de mi abuela se asomó los dos no podíamos parar de reír. Mi abuela, al ver el susto que nos pegó, se unió a nuestras risas. Cuando le preguntamos qué hacía despierta, se puso algo defensiva y nos dijo que iba al baño. El único baño en la finca estaba al lado del cuarto de mis abuelos; no tenía razones aparentes para pasar por la sala.

Otra noche, en casa de mis abuelos, estábamos mi primo Juanjo y yo. Por alguna razón que no recuerdo nos quedamos a dormir. La casa tenía una atmósfera espectral, como ahogada en los setenta, y a ninguno de los primos nos gustaba pasar la noche ahí. Eran como las tres en la madrugada cuando mi primo me despertó aterrado. Mi abuela, vestida en su pijama blanca, estaba en el cuarto, de espaldas hacia nosotros, viendo por la ventana. La vimos por unos segundos hasta que alguno de los dos hizo un ruido. Mi abuela se volteó a vernos. Alcanzamos a cerrar los ojos. Por sus pasos nos dimos cuenta que se acercó a la puerta. Los pasos se detuvieron y ambos abrimos los ojos. Mi abuela estaba parada al pie de las camas, viéndonos. Juanjo volvió a cerrar los ojos de inmediato. Yo me tardé un poco más porque mis ojos se encontraron con los de mi abuela. Me miró de la misma forma en la que miraba a la pared de yeso blanco.

STAGE 4 - (G1-J1)

"Post-Awareness Stage 4 is where serenity and the ability to recall singular memories gives way to confusions and horror. It's the beginning of an eventual process where all memories begin to become more fluid through entanglements, repetition and rupture."

En verano del 2016 me gradué de la prepa. En Colombia hicimos una sesión de fotos con mis primos y mis abuelos. Para este punto mi abuela escondía ropa por toda la casa. Las recetas de cocina del desayuno se le mezclaban con las del almuerzo; sus platillos eran incomibles. Mi abuelo era el que planchaba, y Omaira, la empleada de servicio, se encargaba de la cocina, de lavar la ropa y de tender las camas. Todo lo que, hasta ese punto, había hecho mi abuela. Seguía reconociendo a mi abuelo, "su viejo", pero se tardaba en reconocer a los nietos. Seguido nos confundía. Había cosas que le ayudaban: la compañía, las risas, salir de la casa. El día de la sesión de fotos fue el último día en que estuvimos todos juntos. Los nietos vestimos a mi abuela, entre risas y bromas. Ella se reía con nosotros, se burlaba de que no cabíamos en la camioneta porque ya estábamos muy grandes, y de las caras que hacíamos cuando nos intentaban tomar las fotos. Intento, con todas mis fuerzas, acordarme de más detalles de ese día. Sé que los hay, que hubo más anécdotas, que podría llenar cinco páginas de ese día solamente. Pero no logro acordarme. Creo que, en ese momento, había un miedo compartido de que esa iba a ser la última vez que íbamos a estar con mi abuela. Tal vez por eso ese día se rehusa a ser recordado.

STAGE 5 - (K1-N1)

*"Post-Awareness Stage 5 confusions and horror.
More extreme entanglements, repetition and rupture can give way to
calmer moments. The unfamiliar may sound and feel familiar.
Time is often spent only in the moment leading to isolation."*

En verano del 2017 fui solo a casa de mis abuelos. No me sorprendió que mi abuela no se acordara de mí. Me sorprendió que no pudiera hablar, que no pudiera ir sola al baño, que no supiera cómo agarrar un cubierto. En un extraño momento de lucidez, me quitó la cuchara de la mano y comenzó a separar el arroz de las lentejas. Me miró mientras separaba el arroz. Me preguntó que cuándo iba a ir su mamá por ella, que tenía que llevarla a Medellín. Le dije que no sabía. Me volvió a preguntar por su mamá y por Medellín. Me preguntó varias veces por su mamá. Decía Medellín y señalaba las lentejas. Decía mamá y señalaba el arroz. Su tono me recordó a un sueño que tuve en la primaria, en el que mi mamá no pasaba por mí a la escuela. Ante su insistencia no supe qué responder. Eventualmente dejó de preguntar, su rostro volvió a su estado neutro, inexpresivo, y me regresó la cuchara.

STAGE 6 - (O1-R1)

"Post-Awareness Stage 6 is without description."

Cuando tenía nueve años visité la finca con mis primos. Nos quedamos en el cuarto de hasta el fondo, pegado al baño, todos mis primos y yo, acomodados en literas, combatiendo cucarachas y mosquitos. Una madrugada me levanté para ir al baño, pero estaba ocupado. Mi abuelo estaba a la mitad de su rutina matinal. Siempre ha sido medio sordo así que no escuchó cuando toqué la puerta. Durante veinte minutos estuve retorciéndome en el piso, golpeando la puerta y apretando la vejiga. Eventualmente no pude más y, hecho bolita contra la puerta del baño, me hice pipí en mi pijama y en el piso. En lágrimas, me resigné a mi suerte, en menos de una hora mis primos se iban a despertar y las burlas me iban a acompañar hasta la tumba. Y en ese estado, sentado en mis propios orines y llorando, me encontró mi abuela. Con una sagacidad sorprendente para una mujer de casi setenta, me levantó, me quitó la pijama mojada, me metió a bañar y, para cuando salí, ya había trapeado el piso y me había conseguido unos shorts. Llorando le rogué que no le dijera nada a mis primos. Me dijo que no me preocupara. Mis primos se despertaron y me preguntaron que qué hacía despierto. Mi abuela les dijo que me paré a ayudarle con el desayuno.



Transcripción de una neurosis inspirada

Por Bruno Armendáriz Torroella



Escribo esto sentado en mi escritorio, en este nuevo escritorio que acabo de acondicionar para escribir cosas a propósito del encierro. Tú estarás leyendo esto también sentado en tu escritorio o equivalente, como suelen ser los sofás, los comedores o las esquinas de los cuartos. En el mejor de los casos, estarás leyendo esto en la mesita de tu jardín, en la silla que pusiste en tu azotea, o al lado de las plantas que cuelgan de tu balcón. Si eres una persona ridículamente sofisticada, estarás leyendo estas palabras sentado en el banquillo frente a tu piano, mientras descansas de aquel correctísimo deleite que llamamos sonatas. Y a este exordio, por juguetón y parlanchín, lo llamaremos fuga.

Bueno, ya nos presentamos. De hecho, ya nos conocemos. Es más, somos íntimos amigos, casi amantes, y puedo asegurarte que sólo la muerte nos separará. Qué maravilla, ¿no? Y todo gracias a unas líneas desganadas. (¿Y ahora qué? No sé. ¿Cómo que no sabes? No, de veras. ¿Y si les cuentas lo de Silvita? ¡Ah, claro!)

La semana pasada, mientras redactaba una reseña en el escritorio del que les hablé, escuché de repente unas voces en el patio del vecindario. Como estaba muy cansado y quería distraerme, las voces fueron el pretexto ideal para dirigirme a la ventana y fisgonear. Cuando me asomé vi a Silvita con el ceño fruncido regañando a su papá. “¡Oye! No puedes pisar fuera del círculo, porque te hundes en la lava. ¡Verdad que sí?, ¡verdad que si pisas la lava te quemas los pies?” Mi vecino, el papá de Silvita, abrasado por la tiranía de su hija, se fue refunfuñando a su departamento, y al hacer esto, el hombre se hundió completito en la lava e incineró la posibilidad de encerrarse en su acorazado círculo de tiza para conocer, por fin, la famosa soledad. Porque después Don vecino encendería la tele y poblaría su cabeza de comentaristas deportivos, y entonces, lógicamente, se arruinaría su soledad.

Cuando me enteré de que a Silvita le habían obsequiado una guitarra en Navidad, pensé que ella, contraria a su padre, podría conocer la soledad como aquellos folkloristas de antaño invadidos por la melancolía. Toqué a la puerta. Abrió Don vecino. Coloqué en sus manos un disco de Nick Drake. “Para Silvita, le va a servir mucho ahora que empiece a tocar la guitarra”. Don vecino sonrió confundido y cerró la puerta tras de sí.

Cinco días después tocaron a mi puerta. Abrí. Eran Silvita y su papá, que colocaron en mis manos una bolsita de celofán con galletas. “Dile, hija, lo que le querías decir”. “Gracias por el disco, Bruno”. A Silvita le encantó, de verdad son unas canciones muy bonitas. Ella pone el disco para dibujar, para escucharlo antes de irse a dormir; y siempre se lleva el disco para ponerlo en el coche, ¿a poco no?”. “Qué bueno que te gustó, Silvita”, dije con una sonrisa falsa en el rostro.

Me senté en el sofá con mi bolsita de celofán entre las manos. La decepción era enorme. No sólo Nick Drake se había convertido en el nuevo Cri-Cri de Silvita, sino que, en vez de regalarle una porción prístina de soledad e incomprendión, le obsequié un mejor amigo, un trovador confidante con quien se sentaba a colorear. Nick Drake le pasaba las crayolas.

Esa misma noche tuve pesadillas. Soñé que Nick Drake llenaba estadios, que Sibylle Baier agotaba en tres días todos los boletos para su gira por Japón, que sintonizaba Radio Disney y reproduían “Milk and Honey”, de Jackson C. Frank.

La soledad no existe.

La soledad es pura esquizofrenia.

La soledad, ese mito fascinante, es pura fraternidad. Maldito humanismo.

Desperté y me engenté. Me puse a dialogar con Rockdrigo González

¡Me puse a platicar con toda la Ciudad!



Eso no podía ser. Si el folk ya no me transmitía soledad ni tristeza, ¿ahora quién lo iba a hacer? ¡El jazz! ¡Sí, el jazz! Tomé *A love supreme* y lo reproduje en el tocadiscos.

Sin embargo, la soledad no llegaba; esa molesta luz de la compañía no se extinguía, sino todo lo contrario: las voces de millones de Silvitas retumbaban en mi cabeza; ellas agradecían y sonreían y revoloteaban por ahí, como arcángeles patéticos, haciendo muecas con cada soplo del saxofonista. ¿Qué no Coltrane se había encerrado dos semanas en su garaje para componer este disco?, ¿acaso esta reclusión no garantizaba la soledad?, ¿por qué, entonces, esta multitud luminosa... no se supone que este álbum estaría fumigado contra los ángeles, o lo que sea que uno haga para mantener a raya a las plagas celestes?

Hacia el final del disco, la tortura era ya insoportable; una especie de devoción incontrolable comenzaba a llenarme de alegría, mi cuerpo recuperaba un vigor inaudito y un brillo paradisiaco salía de mi cabeza; era horrible, una imagen espantosa. No obstante, fui capaz de silenciar el vinilo antes de que acabara el exorcismo. Minutos después, la inconformidad habitual me obligó a buscar respuestas, y adivinen qué descubrí: que Coltrane, el muy genio, se había aislado para no ver a su esposa ni a sus hijos, pero al hacer esto pudo reunirse con el más numeroso de los seres, con el conglomerado más sociable del universo: DIOS.

Después leí unas declaraciones bastante desesperanzadoras del mismísimo Coltrane: "May we never forget that in the sunshine of our lives, through the storm and after the rain—it is all with God—in all ways and forever". Menos mal que el tipo sabía tocar el saxofón, porque sacerdotes sobraban en el mundo. En fin; que para el jazz, la soledad era puro misticismo. (Qué oxímoron tan hermoso. ¡Qué decepción más bella!)

Entonces reafirmé mis preferencias por el diablo, porque él no guardaba ninguna relación con Silvita, él se absténia de componer todo tipo de éxtasis divinos, no era como Él; él prefería negociar con campesinos del Delta en Mississippi y cantar sobre incidentes carreteros; él era un pobre diablo. Era tan cotidiano que Juan José Arreola se lo encontró en el cine; era tan descuidado que Cortázar le tomó una foto salivando. Nada que ver con Dios, que te vigila cuando vas al baño, cuando duermes, cuando comes; pero tú sólo lo ves cada que compones una obra maestra. Y sin embargo, he ahí la comunión, la destrucción insospechada de la soledad; porque al diablo uno lo ve en la fila del banco y después uno se olvida, pero cuando uno ve a Dios, uno está condenado a recordarlo y a saberse eternamente acompañado.

La preocupación incrementaba y yo no podía dejar de preguntarme cómo era posible que, en el transcurso de un día y armada con galletas y celofán, una niña destruyera el gran pilar de mi cómodo malestar. La soledad... Pensé en Chet Baker, evoqué su "Alone together". Él comprendió que la soledad fue una quimera, una imposibilidad deliciosa; porque cuando uno encuentra al silencio y ve al fin un espacio vacío, uno se pone a romancear y a poblarlo, poco a poco, de personajes agradables. Chet Baker, ahora profeta en mis adentros, vistió a su soledad potencial con unos tacones color púrpura, pintó sus labios con un carmín tentador y se la llevó a ver patos en algún lago anochecido. (¿Solo acompañado?, ¿sólo acompañado?, ¿acompañado solamente?, ¿acompañado solemnemente?)

Al pensar esto me di por derrotado, y me entraron unas ganas tremendas de citar a Cortázar: "[...] mirándola escuchar nuestros discos de Bárton, de Duke Ellington, de Gal Costa, una transparencia paulatina me ahondaba en ella, la música la desnudaba de una manera diferente".

Así era. Estaba dicho. Nadie nunca encontraría la soledad a través de la música, porque uno intimaba inevitablemente con ella. E intimar es cercanía, es charla de café. Ergo, la soledad era pura superstición.

Más abatido que nunca, maldije a mi pequeña vecina, y me declaré, antes de que fuera demasiado tarde, un agnóstico de la soledad (para echarle una manita de gato a la beatitud de Coltrane). (Ojalá el jardín de niños te sea pesado, Silvita; ojalá que en todos los recreos, tras la repartición de roles lúdicos, seas siempre la bruja condenada a repartir galletas envenenadas a tus amigas, que a causa de tus maleficios y de tu ingenuidad, serán privadas por siempre de su melancolía y su soledad).



Sudaba tumbado en el suelo, y mientras deliraba, decía: “la soledad, y sobre todo ésa a la que creemos acceder por medio de baladas y demás espejismos, es la ilusión óptima. Eso a lo que tú llamas soledad cuando escuchas boleros en tu cuarto, no es más que privacidad, o en todo caso, intimidad. Y esas dos cosas no son soledad, estimada compañía, son la máxima expresión de la camaradería; es decir, una escolta entrañable. Son como el crimen perfecto, porque a veces la música hace sentir una especie de vacío, pero en realidad uno se llena del otro, de ese otro que es un músico con su tristeza y sus desamores. Jacques Brel, Chavela Vargas, Etta James... todos me han engañado; uno se abalanza al suelo y abraza sus rodillas lleno de lágrimas, o uno se sienta a su lado, deja que reposen sus cabezas en el hombro y, mientras uno las acaricia con una mano, les dice dulcemente: ‘ya pasó, ya pasó’. ¡Falsa soledad, Hidra maldita! Pero, entonces, ¿qué es la soledad? La soledad es un rectángulo de tiza en el suelo, una abstracción que inventó el folk para hacernos creer que estamos desolados. Y cuando uno se da cuenta de lo que en realidad es, sólo pueden suceder dos cosas: uno o se aburre o sigue jugando a la soledad. No hay más. Yo decido seguir jugando. Mi círculo de tiza son las cuatro paredes que me rodean. Mi enemigo son todas las personas con las que dialogo...”

Dichas estas palabras, me desmayé. Al despertar, una migraña insopportable hacía punzar mi cerebro, y una sed espesa desolaba mi boca. Tras hidratarme y reposar durante horas, la lucidez retornaba a mis ideas. El delirio se convirtió en un deseo calculador de venganza, mis congojas se volvieron la más fuerte determinación.

Si el cinismo más puro no pudo vencer a Silvita, entonces había que probar con la ternura, con ese regalismo infantiloide imposible de predecir. Acorde a mi plan, preparé el acto de agradecimiento más explosivo, una especie de fiesta popular con colores chillones y juegos mecánicos. Con un poco de suerte (o quizás, si la psicología inversa era de veras efectiva), esta nueva entrega volvería a Silvita una niña taciturna, de éas que escriben poesía triste antes de saber multiplicar y que piensan en flores marchitas cuando beben agua de jamaica.

Hoy mismo volví a tocar su puerta. Cuando Don vecino abrió, coloqué otro disco en sus manos. “Ésta es una selección de cumbias para Silvita; ojalá las disfrute”.

E t Encierro r n o

Por Mariana Sánchez López S.

Fray Alonso Franco dedica todo un capítulo del segundo tomo de la “Historia de la Provincia de Santiago de México, orden de predicadores en la Nueva España” (1645)¹ a Juana de Santa Catarina, monja de la orden dominica en el Convento de Santa Catalina de Siena (México). Mujer prodigiosa, aprendió a leer varios idiomas desde pequeña y, además, profesó con mucha naturalidad en las actividades musicales; ha sido considerada la primera compositora mexicana de la que se tiene registro, ya que se menciona que “escribió mucho en cosas del canto y oraciones”,² aunque ninguno de éstos se ha recuperado. Murió el 22 de noviembre de 1633, día de Santa Cecilia (y actualmente también día del músico) a los 45 años.

Recientemente encontraron los estudiosos lo que parecería ser la última entrada a un diario del que no se tenía registro previo, y del que, hasta la fecha, no se ha encontrado el resto; en él, Soror Juana escribe las que probablemente serían sus últimas palabras, en su lecho de muerte, tras contraer la peste. Aunque sus composiciones continúan perdidas, probablemente en la inmensidad de documentos anónimos y olvidados, es posible vislumbrar la historia de un personaje que, sin lugar a dudas, fue muy particular.

Pocos suspiros quedan ya en mi pecho; empero, aquella luz a la que he consagrado mis cuidados, aquella que ha guiado mi entendimiento a pesar de los humanos contratiempos, encuentra en estas mis últimas razones, su mayor afirmación. Al fin, ¿qué he deseado yo en esta vida, sino el descanso eterno? Los cantos y los rezos, en sagrado diálogo dispuestos entre devotos y Dios, único motivo de mis estudios, permanecerán en el alma aun terminada mi estancia en esta tierra.

¿Por qué escribir ahora, vez postrera en la vida de esta humilde servidora de Ntro. Sr., sobre mi modesta actividad? He persistido, mientras me ha sido posible y permitido, en la profundidad del silencio, aquel sensato obsequio de la pureza digna, en que la paz y la tranquilidad han abundado sin esfuerzos. Aún ahora, sabiéndome entre penumbras y lánguidos instantes, veo la cruz que han colocado frente a mí, símbolo sagrado del más divino suplicio, y mi mano continúa escribiendo por Su Gracia sin temblores; como si aún fuera, en la perfidia del tiempo, digna de su empeño.

Con el permiso de Dios he gozado la rectitud, la bondad y la honradez, que desde el primero de mis días han colmado mi existencia. No por otra razón decidí consagrar mi mocedad a los santos oficios, y me dediqué, con solicitud y ahínco, a estudiar las oraciones y los rezos. Si nada me ha faltado, a nadie más, que a Ntro. Sr. y su infinita benevolencia debo agradecer, puesto que ha sido Él, magnánimo creador, eterna fuente del saber y del contento, el único responsable de mi felicidad. No obstante, reconozco la necesidad de admitir, mientras escribo estas líneas, que son más de Dios que mías, que extrañe largo tiempo los cuidados de mi madre, así como aquella espineta obsequiada por mi padre, de cuyas cuerdas extraje las primeras notas de mi vida. Después, al encontrar compañía en los cánticos y en la música de misa, no podría hacer más que dar, como muestra de humildad, gracias a Dios.

Aunque mis hermanas, por ser fieles a su palabra y a su corazón, no dudaron nunca de ser acompañantes en lo cotidiano, nunca busqué yo su cercanía, mucho menos osé actuar contra mi devoción al intimar con alguna. No falté al respeto, sin embargo, a ninguna de ellas, y cuando acudían a mí con preguntas o cuestiones, respondía cortésmente y con todo el conocimiento que me era posible expresar. No obstante, si he de decir otra verdad, es que desde mi más temprana edad, alba ingenua y deleitable en la vida de todo ser, he habitado el Convento a falta de un camino y un propósito más honrosos, y así, no he forjado en mi alma otra intención que la de poder orar y mostrar mi devoción en soledad, sin otra compañía que la del Sr. en Espíritu. Y ha de saberse que, la primera de las faltas que en mí se podrían enumerar, sería mi inclinación por el recuerdo, tan inevitable en el brevísimo tiempo para el ocio que me permiten los recesos y las noches. Recuerdo, por ejemplo, las miradas de mis hermanas, que con su sinceridad temerosa y su brillante timidez, se mostraban siempre dispuestas al juego y al canto.

Nunca he sido docta en lo que a palabras refiere, mas intento, como lo hago ahora, aunque no sin dificultades ni tropiezos, expresar de vez en cuando los sublimes sentimientos y pensares que Dios infunde en esta alma. A Él acudo, una vez más, por la música que ha hecho llegar a mis oídos. Ha sido la música, émulo timbre de la llamada celestial, la dulce deuda que debo a Ntro. Sr. A menudo y a través del silencio, los rezos me conducían hacia músicas secretas, melodías escondidas entre las paredes y los techos, demasiado grandiosas para pertenecer a este tan defectuoso plano terrenal. A veces las anotaba con todo el detalle que mis oídos, humildemente bendecidos, me lo permitían, y los compartía con mis hermanas para cantarlos en la misa. Ahora, como antaño, cuando entran a mi alcoba a leerme las oraciones y los textos sagrados, cuya ausencia en estos momentos me sería funesta, se llena mi cabeza de esa música inefable. Y así, mientras más aleje la muerte a este cuerpo del mundo, más cerca me encontrará de la sublime comunión, aquella que tantas palabras me ha hecho prodigar, y por las cuales pido perdón.

Si se me permitiera, por vez postrera, practicar la confesión, admitiría, no sin pena ni vergüenza, mi última vanidad, que como en tantas otras personas que se saben cerca del final, consiste en querer ser recordada. Confieso que, viéndome en estas fúnebres circunstancias, no puedo evitar sentir lástima por la extinción de mi voz, o por el olvido de mis melodías, ambas muestras de la magnificencia de Ntro. Sr. Pocas veces me he mirado a mí misma con otro motivo que el de reconocerme como obra de Dios, y nunca he procurado asuntos vanos. En el lecho de mi humilde muerte, pienso en la generosidad de Ntro. Sr., cuyo camino procuré siempre seguir, aunque tan errada y tentada por mi propia humanidad. Eso es lo que os dejo ahora, aquí en lo terrenal, y tal vez también en La Eternidad.

La pecadora no conocida sino de Nuestro Señor³

1 Franco, fray A. (1645), “Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México [...]”, Ciudad de México: Imprenta del Museo Nacional.

2 Ibidem. XIII. De la sierva de Dios Soror Juana de Santa Catarina, pp. 460-464.

3 Santa Catalina, Juana de (ca. 20 de noviembre de 1633), [Última entrada de diario], AGHN, Museo Nacional.

no puedo evitar sentir
lástima

por la extinción
de mi voz.

o por el olvido
de mis melodías

El texto anterior no pretende sino homenajear a ésta y a tantas otras mujeres que dedicaron su vida al encierro y a la soledad, pero que en ese espacio propio y silencioso, encontraron la música, por medio de la cual lograron expresarse. Cabe aclarar que como no existen datos de ella más que los que se han recuperado de fuentes secundarias, lo que anteriormente se leyó surgió de meras lucubraciones: todo, excepto el personaje, fue puramente ficcional.

Consejo editorial

Mariana Sánchez López S. - directora general
Mathias Ball Escamilla - subdirector y corrector de estilo
Bruno Armendáriz Torroella - jefe de redacción y corrector de estilo
Alex Ramírez Noreña - director de arte
Clara Hoffmann de Buen - marketing y relaciones públicas

Colaboradorxs

Luisa de la Concha Montes
Sebastián Maldonado Cano
Sofía Bak Geler

Ilustraciones

Ana Paula Hernández
Elisa Ramírez Castro
Esteban A. Catalán
Nadia Ramírez Fernández

Diseño

Emilio Rubio Cavazos



